



Cuando se refiere, en nuestros días, *La Libertad de Opinar* (*), sorprende que una obra de esta vena consueve, medio siglo después de publicada, su vigencia. La Historia ha rediseñado, posiblemente, la importancia objetiva del hecho mismo incidente que la motivó, pero, al mismo tiempo, este incidente ha quedado "fijado" en los límites en que lo expresó don Carlos Vicuña Fuentes en esta obra de defensa y de acusación.

El lector medio actual desconoce, en principio, la fortuna pública, o incluso, de muchos de los "personajes" que, por causas políticas o por indiferencia moral e intelectual, provocaron la destitución de don Carlos Vicuña Fuentes de las funciones docentes que desempeñaba, a raíz de una exposición que hizo en la Federación de Estudiantes de Chile. Por efectos de la lectura de *La Libertad de Opinar*, logran ahora instalarse, momentáneamente, en el presente, ocupando del corazón de los alumnos de familia o de los amados anales parlamentarios.

No esagero gran cosa.

Cuando se recuerda que un diputado por Colchagua, respectivamente a Santiago Labarca, autor, leal y honestamente, que Vicuña Fuentes era una persona que manifestaba síntomas de degeneración mental, resulta difícil preguntarse hasta dónde ha llegado el poder de la imbecilidad en la historia del discurso parlamentario en Chile, máxime cuando ese diputado era, según el autor de *La Libertad de Opinar*, un hombre entendido y sagaz. La imbecilidad, sin embargo, no es, por ahora, un mal privativo de algunos, sino, más bien, un poder pavoroso permanente. Es por eso que, desde Eusebio hasta Ortega, se ha venido insistiendo en el papel que está jugando dentro de la economía intelectual de los pueblos.

DE LA VERBA

"Intelligence" como un escritor moldeado por una de las experiencias más violentas y totales entre todas las experiencias basadas por el hombre. Piloto de guerra en perpetuas combates. Hillary volvió en un libro tanto la anécdota como la reconstrucción de las infinitas significaciones que irradió una vida sometida a la prueba de inclinarse durante dos años sobre el rostro de la muerte. Hay hombres que han tenido una sola, grande y definitiva experiencia en su vida, constituyéndose en la materia de un libro que dependió a ser escrito. Desde entonces estos hombres se consideraron a sí mismos escritores, "littérateurs", y siguieron escribiendo y entregando obras medicinas y vacías, libros escritos sin

La Ventana de Papel

LA OBRA DE CARLOS VICUÑA FUENTES

por MARTIN CERDA

No es esto, sin embargo, lo que ahora nos ocupa.

Se trata, más modestamente, de intentar aclarar en qué sentido es actualmente eficaz esta obra escrita por don Carlos Vicuña Fuentes a raíz de toda esa logomagia desatada, en 1921, por su intervención en la Federación de Estudiantes de Chile. Esta eficacia no puede ser, desde luego, la misma que tuvo en la situación que la motivó, aun cuando, en último término, resulta imposible separarlas. Los lectores contemporáneos de *La Libertad de Opinar* repararon, posiblemente, en la eficacia de su escritura desde el conflicto que ésta denunciaba. Los lectores de nuestros días, en cambio, reparan en este conflicto desde de la escritura en que lo expresó el autor.

Se trata de un desplazamiento de acento. Pero este desplazamiento, por humilde que parezca, permite establecer que la eficacia actual de *La Libertad de Opinar* no es, primeramente, de índole moral, política e ideológica, sino, más bien, literaria. Permite, en suma, establecer que esta obra, escrita para servir de soporte discursivo a un acto, en rigor, metaliterario, ha terminado, a su vez sirviéndose de su inicial inspiración, patentizando, de este modo, su condición de Literatura.

Esto exige alguna precisión. Cuando se habla, en nuestros

días, del "valor literario" de una obra estimada no literaria —vgr. la Historia de Chile de Franchini A. Encina— se está, en verdad, escamoteando un hecho palmario: sólo puede tener efectivo "valor literario" una obra que ha sido ejemplarizada literariamente. Es decir, una obra en la que su autor, intentando o no servir moral, política e ideológicamente, se ha sometido a eso que Roland Barthes denomina l'oblativité de forma. En esta fidelidad —esta responsabilidad según Barthes— hacia las formas la que determina que un escrito sea o no literario.

Esta fidelidad es patente en toda la obra de don Carlos Vicuña Fuentes.

El hecho que no se haya suficientemente reparado en ello explica que, hasta la fecha, la obra de don Carlos Vicuña Fuentes no haya sido reconocida debidamente por los historiadores y por los críticos de la literatura nacional. Si bien es cierto que Amos la incluyó en sus *Memorialistas chilenos*, no es menos cierto que esta inclusión viene acompañada de tales reticencias que parecería que ésta obedeció más al propósito de salvar un obstáculo de conciencia del lector crítico, que al deseo de abrir una perspectiva crítica sobre el autor incluido. Por su parte, Raúl Silva Castro, luego de citarlo, por Pasión y muerte de Rodolfo de Almagor, entre los cultores de la novela, lo señala entre los memorialistas con la advertencia de que se es un escritor profesional, mas cuando dispone de deber, máxime sobre Fuentes para serlo (1).

No vamos, por ahora, a discutir este hecho. Conviene, sin embargo, completar su esbozo con el hecho que, durante cuarenta años, don Carlos Vicuña Fuentes se haya propuesto escribir para los críticos, reconociendo, expresamente, al clasor media, diario con que, habitualmente, busca el escritor de nuestros días. Este propósito ha tenido, posiblemente, alguna influencia en el descuido crítico en la desatención de los lectores que han circunscrito a su obra.

Prologando, hace un año, el libro e incluso apéndice que dedicó a la discusión de la obra a partir, sencillamente don Carlos Vicuña Fuentes que, publican-

do ese libro, no buscaba lectores numerosos, sino que, al contrario, le bastaba con que éstos fuesen unos pocos. Tan pocos que, perfectamente, podrían ser contados dentro de una circunscripción parte de la actual población nacional.

Esta "economía" de lectores respondía, sin embargo, a una rotunda razón del autor.

Proponemos así apéndice —dicha— que realmente quiere saber la verdad y sus razones de su vida: para eso, rogámonos y fuerdes, he escrito estas páginas (2).

No es poco decir.

Desde hace algunas décadas —desde, por lo menos, que Arago propuso, en 1923, la célebre encuesta de Cremona— cada escritor ha intentado, en un momento u otro de su "carrera", saber para quién escribe. Estos intentos constituyen, posiblemente, uno de los motivos de la mala conciencia de la literatura del siglo XX, pero, al mismo tiempo, son una de sus señales más manifiestas.

Pero don Carlos Vicuña Fuentes no sólo renuncia a buscar lectores numerosos, reduciendo, de este modo, el posible radio social de su obra, sino, no disminuía su mantener ante la posibilidad de ser leído por algunos lectores "indeseables" cuyo registro debe, básicamente, en el prólogo de *La Casa Apatita*.

Haceré, pues, en no involucrar las páginas de este libro: las primeras (aquellas: críticos literarios, periodistas, diputados, académicos, profesores y médicos, y también los ciegos, los sordos, los políticos, los frailes y los jueces (3).

Esta actitud minoritaria reconoce toda la obra de don Carlos Vicuña Fuentes, pero ella no traduce, en ningún momento, un secreto ferreambrillado, sino, más bien, una búsqueda de aquellas almas atinas de que solía hablar Ortega. Hemos dicho que don Carlos Vicuña Fuentes se ha propuesto escribir para los críticos. Esta propósitos, justamente, desemboca en su último epígrafe, en el que, burlando contra la corriente de los títulos más usuales, se enfrenta a la realidad actual del país con la misma decisión e ironía con que lo hizo en el pasado, en *La Libertad de Opinar* y en *La Tiranía en Chile* (4).

—Este Vicuña es interesante no en base para un arreglo de ninguna especie! —exclamaba, hace medio siglo, un "personaje" de la época.

¿Cuántas veces se habrá repetido, en el acervo de las reticencias del Poder, esta misma frase?

Cuando los historiadores se decidan, de una vez por todas, a tratar el efectivo perfil de la sociedad chilena durante el último medio siglo, se encontrarán, de pronto, con la sorpresa que, en los momentos críticos de la vida nacional, fue don Carlos Vicuña Fuentes uno de los pocos escritores que, renunciando al confort del silencio, le salió siempre al encuentro al albedrío de tarro. Su vida ha sido, en este sentido, una larga soledad con todos los dolores: una lección sagrada dictada en un parlado de líneas curvas sin retorcidas ni estridencias.

Hemos dicho que ni los historiadores ni los críticos de la literatura nacional han reconocido debidamente, hasta la fecha, la realidad literaria de las obras de don Carlos Vicuña Fuentes. Esto no debe, sin embargo, extrañar a nadie. La realidad literaria de una obra no puede ser establecida por los manuales e historias de la Literatura. La realidad literaria no está nunca dada, sin más, ni por esas obras, ni tampoco por los hechos literarios que en ellas se abrigan, sino, más bien, debe ser siempre descubierta a partir de esos hechos.

Es por esta interna movilidad de la literatura —por este proceso dialéctico— que ahora, después de un largo quehacer dentro de ella, la obra de don Carlos Vicuña Fuentes descubre, más allá de aquellos fines o propósitos que la legitimaban moral, política e ideológicamente, su radical legitimidad literaria. Es por esta razón que ahora contemporáneos que, sin dejar de ser memorialistas, nunca dejó de ser Literatura: fidelidad, abstracción o responsabilidad hacia la forma.

(*) Carlos Vicuña, *La Libertad de Opinar* y el problema de Tercera y Arica. Imprenta Litográfica y Encuadernadora de la Escuela Normal, 1921.
(1) Cfr. Raúl Silva Castro, *Primeros Literarios de Chile*, p. 101. Con muestra palpable de esta desatención es el hecho que en los dos últimos libros dedicados a la literatura chilena —*Historia de la Literatura Chilena* de Vicente Menéndez y *Literatura Chilena del siglo XX* de Fernando Alegría— se omitió el nombre de don Carlos Vicuña.
(2) Carlos Vicuña Fuentes, *La Casa Apatita*, Imprenta Real, Santiago, Santiago, 1950, p. 6.
(3) *Ibid.*
(4) Cfr. Carlos Vicuña Fuentes, *Arica*, Imprenta Real, Valdivia, Santiago, 1947.

724398

En el túnel de las tinieblas [artículo] Rodrigo Castillo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Volpi, Jorge

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En el túnel de las tinieblas [artículo] Rodrigo Castillo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile